

# ¿QUÉ ES UN IMPERIO?

Nuria Soria

La noción de Imperio, como tantas otras, nos viene de los romanos, y en principio poco tenía en común con la idea que luego habría de representar. Dentro de los poderes otorgados a los funcionarios superiores de la República Romana, el "Imperium" era el mando sobre las tropas armadas, del mismo modo que la "Potestas" designaba al poder civil, y la "Auctoritas" al moral.

Como entonces, igual que ahora, quienes se llevaban el gato al agua eran quienes tenían mando sobre la fuerza armada, mucho se cuidó Julio César en poner el Imperium en sus personales manos. Y para que no cupiera la menor duda, en la curiosa confusión que tenían los romanos entre títulos y nombres propios (compartida, en cierto modo, por los mucho más modernos turcos del Sultanato), unió a su nombre el término "Imperator" como si de un apellido se tratara. Claro que, en justa correspondencia, su verdadero apellido de César (más que apellido un "postnomen", literalmente un apodo o un "alias", que al parecer, significaba "peludo", pese a padecer César de una evidente alopecia) se transformaría, en los tiempos sucesivos, en apelativo común semejante al de emperador.

Tras el asesinato brutal (en todos los sentidos de la palabra) de Julio César, su sucesor Octavio no olvidó el poder del vocablo "Imperium". Pese a autodenominarse Primer Ciudadano del Estado, conservó también los títulos de "Caesar atque Imperator", y uno nuevo: "Augustus" ("Afortunado"), por el que luego sería conocido como si de su nombre propio se tratara. En el año 23 recibió del Senado el "Imperium maius" (Imperio supremo), y como para entonces el dominio romano era ya territorialmente muy considerable, empezó a tomarse el título de "Emperador" como equivalente al de soberano de todas las tierras dominadas, y el apelativo "Imperio" como definitorio de las susodichas comarcas con sus ciudades y habitantes.

César, Augusto y Emperador fueron considerados títulos similares hasta la llegada, mucho después, de la Tetrarquía de Diocleciano, en la que hubo simultáneamente dos Augustos y dos Césares, ayudantes de los primeros, pero todos ellos con el título imperial. Claro está que dicho complicado sistema no duró mucho tiempo.

Tras la muerte de Augusto, muerte natural o por veneno de la artera Livia, el concepto de Emperador adquirió un nuevo matiz al ser nombrado el difunto nada menos que Dios Constate o Dios Protector del Estado . Sucesivos césares, como Calígula y Nerón, no tuvieron paciencia para esperar la muerté y se deificaron a sí mismos en vida. De allí vino la noción de los emperadores como seres divinos o relacionados con la divinidad, que se extendería más allá de la duración del Imperio Romano. Al prevalecer en este el cristianismo, tomóse la costumbre de que los emperadores fueran coronados por los pontífices cristianos (el título de Sumo Pontifice es igualmente de origen romano clásico y muy anterior al cristianismo, aplicándose a la máxima autoridad religiosa de la época), considerándose a unos y a otros como sumos detentadores de los poderes seculares y religiosos respectivamente, cuya alianza garantizaba la seguridad del mundo civilizado.

Tras la caída del Imperio y la noche bárbara que siguió a la misma, sucedió que las gentes no tardaron en olvidar las miserias e inconvenientes del fenecido sistema imperial, recordando tan solo sus ventajas y glorias. Así pues, uno de los principales

objetivos medievales consistió en la restauración del Imperio Romano en el sentido de alianza político-religiosa de sus últimos tiempos.

El primer intento fue el del Imperio Francorromano de Carlomagno, el Emperador "Carlos de la barba florida" del romancero castellano, que fue, en efecto, coronado por el Papa en el año 800. No sobrevivió tal Imperio demasiado tiempo a su fundador, extinguiéndose en el 887.

Más longevo hubo de ser el Sacro Imperio Romano-Germánico, cuyo primer emperador, Otón I, fue coronado por el papa en 962. Tal Imperio tomó el nombre de "Reich" (palabra derivada del término indoeuropeo *raj-*, o Estado en sentido de "reino"), y su soberano el de "Kaiser", deformación germanizada de la palabra César. El último de los Kaiser de este Primer Reich fue nuestro propio rey Carlos, que fue primero de las Españas y quinto de Alemania, aunque comúnmente se le conozca por este último ordinal.

Pero el Imperio Romano-Germánico no tardó en decaer, primeramente por las disputas entre el Kaiser y el Papa, y luego por la feudalización de los dominios imperiales. El poderoso Kaiser acabó por ser un simple «primus inter pares» dependiendo para su elección y posterior gobierno de los Príncipes Electores (Kurfürster), verdaderos soberanos independientes en sus estados. De ahí vino una nueva acepción del Imperio: El Emperador feudal como Rey de Reyes, como soberano de toda una serie de soberanos menores mejor o peor sometidos a su voluntad (en el caso del Primer Reich en sus últimos tiempos, muy poco).

Pero tras la caída del Imperio Romano de Occidente, había quedado el de Oriente, que nunca fue conocido en su época como "Imperio Bizantino", sino que siempre se denominó a sí mismo como "Imperio de los romanos" (Basyleia Romanoï) o, por los occidentales, como "Reino de los Griegos". Allí siempre hubo un Emperador reinante y, como equivalente al Pontífice, un Patriarca de la antigua religión ortodoxa, independiente de los herejes de Roma. Cuando ese Imperio cayó, en las postrimerías del siglo XV (1453), bajo el asalto de los turcos, la naciente Rusia se dijo heredera de su función y tradiciones, asumiendo el Gran Duque de Moscovia (Tercera Roma) el título imperial bajo la denominación de Zar (pronunciado "kzar"), vocablo eslavo derivado del griego "Kaisar". Aquí se trataba de un soberano absolutista, el Zar de Todas las Rusias, nada mediatizado por señor feudal menor alguno. Un segundo Zar, de poder y territorio mucho más pequeño, fue título asumido por el rey de Bulgaria.

En la Castilla del siglo XII, y merced a la política dinástica de sus antepasados que le habían emparentado de forma que heredó múltiples derechos sucesorios, el Rey Alfonso VII (1126-1157) se creyó en derecho de proclamarse Emperador o Rey de Reyes de las Españas (tanto del norte cristiano como del sur islamizado). El mucho galopar de Don Alfonso no logró unificar España bajo su personal "auctoritas et imperium", pero sí logró que la historia le recordase con el sobrenombre de El Emperador, graciosamente otorgado por las Cortes de Castilla.

El descubrimiento de América trae para la cultura europea el inicio de la llamada Edad Moderna y en ella el llamado Imperio Español (en realidad fue el nombre de Castilla el empleado en la expansión y colonia de los nuevos territorios americanos y asiáticos) logró extender el Imperium del soberano de las Españas más allá del hemisferio occidental y fue el primer imperio mundial de la historia. Pero las luchas incesantes y la imposibilidad de ser a un mismo tiempo potencia continental (dominadora de la Europa Occidental) y talasocrática (y con ello capaz de actuar como árbitro externo a las contiendas europeas) acabaron por minar su vigor y le llevaron a una lenta decadencia. En plena Edad Moderna, Francia e Inglaterra tomarían sucesivamente la

batuta imperial, pero el s. XVIII vería evaporarse buena parte de los esfuerzos imperiales y colonizadores de esas dos potencias; habría que esperar a la Revolución Industrial para que refundaran sus imperios coloniales.

Con el siglo XIX hizo su aparición un nuevo Emperador francés: Napoleón Bonaparte. Este, aunque se coronó a sí mismo, hízose consagrar por el Papa con la famosa corona de hierro de los lombardos, señal de aceptación de la esencia divina del Imperio. También intentó asumir el papel de Rey de Reyes, coronando aquí y allá a sus hermanos (entre ellos nuestro «Pepe Botella», José Bonaparte) y mariscales en distintos lugares de Europa. El Imperio napoleónico cayó junto con su fundador, y una restauración posterior del mismo, con Napoleón III, no corrió mejor suerte.

Sobre las ruinas de este Segundo Imperio napoleónico se alzó el Segundo Reich alemán del Kaiser Guillermo y el Canciller Bismarck, proclamado en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles tras la victoria en la guerra de 1870. Era igualmente su soberano un Rey de Reyes (los "Länder" germanos tenían sus propios monarcas o eran repúblicas y principados teóricamente independientes), pero aquí se renunció completamente al aval del Papa. Es más, la iglesia católica no gozaba de las simpatías Bismarck y su campaña germanista conocida bajo el nombre de "Kulturkampf". El imperio heredero del viejo Sacro-Imperio Romano Germánico, es decir el Austro-Húngaro, llamado Dual (o real-imperial) tras el Pacto austriaco con la burguesía nacionalista húngara, se mantuvo como un gigante en el Centro y Este de Europa, aunque satelizado completamente por el Reich prusiano. Ambos desaparecieron, como se verá, en la impericida contienda de 1914-1918.

Pero el siglo XIX había proporcionado un nuevo sentido a la palabra Imperio. La poderosa reina Victoria de Inglaterra asumió el título de Emperatriz de la India y, desde entonces, se tuvo al término Emperador con el significado de «poseedor de colonias». En tal sentido Mussolini daría a Vittorio Emanuele de Italia el título de Rey-Emperador ("il Re Imperatore e il creatore de l'impero") tras la conquista de Abisinia en el siglo XX. De acuerdo con tal noción, todavía se habla de "antimperialismo yanqui" como se habló de "imperialismo soviético", pese a no haber en dichas naciones nada parecido, ni de lejos, a un Emperador.

También en el Extremo Oriente florecieron varios interesantes Imperios, aunque de esencia notablemente diferente a los hasta ahora vistos.

En el 221 antes de Jesucristo, el rey Cheng del estado de Ch'in dominó otros estados fronterizos al suyo, en lo que luego se llamaría China. Deseoso de dar a su persona un rango superior, de acuerdo con la nueva extensión de sus dominios, abandonó el título de rey (wang) para tomar el nuevo de huang-ti, cuya segunda sílaba implica un elemento divino, y que por ello fue traducido posteriormente por los europeos como Emperador. A semejanza de Julio César, el soberano chino cambió de nombre para asumir en el nuevo su flamante categoría, llamándose a sí mismo Shih Huang-Ti (El Primer Emperador), pues pensaba ser cabeza de una dinastía infinita. Entre otras obras, fue constructor de la Gran Muralla de China, y entre otras barbaridades, quemó cuanto libro pudo encontrar del filósofo Confucio, hacia quién sentía una aversión comparable a la de los muy posteriores maoístas. Su dinastía "Infinita" se redujo a sí mismo y a su incapaz hijo. Pero sucesivas dinastías imperiales vinieron a tomar el relevo, y desde entonces el país pasó a denominarse, hasta hace relativamente muy poco, Celeste Imperio.

Diferente origen tuvo el Emperador del Japón ("Tenno" o "Mikado"). Su dinastía, ésta sí muy longeva, se inició tradicionalmente 600 años antes de Jesucristo (según investigaciones históricas menos legendarias, en el siglo I de nuestra era), con el

Emperador Jimmu Tenno, hijo de Amaterasu, la diosa del Sol. Sus descendientes ostentaban el título de Hijo del Cielo y estaban considerados como dioses en vida. Pero pese a tal consideración divina, mantenida hasta la mitad de nuestro propio siglo, el Emperador japonés nunca tuvo excesivos poderes. Fue siempre mediatizado, primeramente por los daymios o señores feudales, y luego tras asumir teóricamente el poder al derrotar a estos, por los ministros y generales. Su figura fue más bien simbólica y pasiva. Y sin embargo su dinastía ha perdurado sin interrupción alguna hasta el día de hoy.

Hubo igualmente un Gran Mogol en la India y algunos emperadores menores en otros lugares de la geografía asiática, pero todos de menos interés que los anteriores. Caso especial, sin embargo, es el de los «Gran Inca» del Perú o los señores Aztecas, cabezas visibles de poderosos estados dominadores de inmensos territorios y poblaciones hasta su choque con los conquistadores españoles.

El siglo XX fue aniquilador para los Imperios de todo el mundo.

Uno de los primeros en caer, en 1911, fue el antiguo Celeste Imperio chino, en la última de sus dinastías, la Ching o Manchú. Un revolucionario idealista, Sun Yat-Sen, convirtió en república lo que hasta entonces había sido regido desde el Trono del Dragón con la denominación orgullosa de Tien-Shia (lo que está debajo del cielo).

Al terminar la Primera Guerra Mundial, en 1918, habían desaparecido también los tres grandes imperios continentales europeos: el Segundo Reich Alemán, el Imperio Austrohúngaro, y el Imperio Ruso. Un Tercer Reich alemán no tendría ya Emperador a su frente, sino un "conductor" (Führer).

En 1945, tras la segunda conflagración mundial, desapareció el zarinato búlgaro, junto con una buena cantidad de monarquías. Unos años más tarde, el rey de Inglaterra perdió su título de Emperador de la India. El Rey-Emperador de Italia había ya sido despojado primero del último de esos títulos, y poco después también del trono.

En 1954 era derrocado igualmente, tras la batalla de Dien Bien Fhú, el Emperador Bao Dai de Indochina, ya para entonces simple títere en manos de los franceses. En tiempos más actuales desaparecieron igualmente dos de los últimos Reyes de Reyes: en 1974 el Negus-Negusti de Etiopía, y en 1978 el Shá de Persia, dejando en su lugar, respectivamente, un estado marxista y el increíble régimen de los Ayatollahs.

Tras el intermedio entre trágico y ridículo, y por fortuna breve, de Bokassa I y su «Imperio Centroafricano» tan solo queda en nuestro planeta el trono imperial del Japón, despojado ya de sus atributos divinos.

SORIA, Nuria, "¿Qué es un Imperio?" en *La Gaceta de las Verdes Praderas* Nº I, Año I, II Época

**Texto descargado de:**  
**Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)**  
**2007**